

cual es un gran orgullo que no conocemos» (1). Y continuando sobre este tema, reprende enérgicamente á sus Hijas esta especie de orgullo, que es tan natural, y del que generalmente no nos reprendemos.

La mortificación de la Madre de Chantal era singular, y acababa en su alma la obra principiada por la humildad. Sin duda por obediencia á sus reglas, había renunciado á los ayunos, á las vigiliias, á las disciplinas de sangre y á las maceraciones de toda clase que se había impuesto cuando aún estaba en el mundo. Pero por haber renunciado á las austeridades corporales, no había renunciado á la austeridad. Cuando la fundación del monasterio de Turín, el marqués de Lullín dijo á su Alteza Real, que estaba presente, que notase un poco el esplendor de esta fundadora de una Orden. Llevaba los zapatos con dos ó tres remiendos por delante, y atados con correas de cuero. Todos sus vestidos eran remendados y viejos, y le gustaban mucho así con tal que estuviesen limpios. Rogó una vez á la Hermana ropera le dejase llevar aún su velo, que tenía ya catorce ó quince piezas. Usaba sus hábitos hasta lo último. «Os aseguro—escribía—que hace ocho años que llevo el hábito de invierno que nos dieron nuestras Hermanas de Dijón, y que aún no se me ha ocurrido que no me abrigase bastante; y si Dios me da vida, creo que le llevaré aún dos ó tres años. Verdaderamente me avergüenzo de que las que hemos hecho voto de pobreza, pensemos aún en tener cuidado de nuestro vestido.» Cuando iba á salir para su último viaje, no quiso absolutamente que se le hiciesen hábitos nuevos, y pidió unos pedazos para componer su túnica, que estaba muy rota. Hasta la edad de sesenta años se acostó en el dormitorio, como todas las Hermanas; y cuando á esa edad le mandó la Madre de Chatel que tuviese un cuarto

(1) *Respuestas*, pág. 488.

particular, tenía tan poco fuego en él, que apenas podía calentarse. Cuando tenía necesidad de servirse de lamparilla en su celda, la mecha no tenía más que tres hilos de algodón, ó dos cuando eran gruesos; y decía: «Yo tengo mucho gusto en ver esta lucecita, porque esto me huele á pobreza.» No quería tener nada, por poco que fuese, en particular; y se la vió muchas veces pedir á las Hermanas, con las manos juntas y los ojos llenos de lágrimas, la dejarasen en libertad de vivir en la pobreza y mortificación.

Este mismo espíritu se veía brillar en la manera rigurosa con que observaba las reglas; en su exactitud en guardar el silencio; en el celo para negarse todo placer, de cualquier clase que fuese. «Todo á la gracia—decía sin cesar,—y nada á la naturaleza.» Un día de verano que hacía mucho calor, se sentó al volver del jardín en una escalera, expuesta á un vientecito fresco y agradable; pero apenas lo sintió, cuando se levantó con viveza diciendo: «La naturaleza se encuentra demasiado bien aquí.» Y en otra ocasión, en que no había dormido nada en toda la noche, le dió en la oración de por la mañana un poco de sognolencia, pero conociéndole se puso en pie con santo apresuramiento, y pasó así todo el resto de la oración con un rostro tan inflamado y tan devoto, que parecía un ángel. A cada instante hacía actos semejantes, revelaciones incompletas, pero elocuentes, del grande espíritu de austeridad que nunca la abandonaba.

Es propio de los santos reconciliar en sí las virtudes que parecen más opuestas. Esta mujer tan austera era sumamente buena, amable y alegre. A los veinte años la llamaban la *señora perfecta*, y era ya proverbio en Bourbilly, entre los caballeros y las señoras, que faltaba la alegría cuando la señora de Chantal no estaba en la tertulia. Cincuenta años después, y cuando la venerable fundadora se acercaba á los setenta, era aún la

alegría de las recreaciones en los monasterios en donde se hallaba. «Para que nos recreásemos bien—dice la Madre de Chaugy—era menester que nuestra bienaventurada Madre estuviese con nosotras, y cuando faltaba, faltaba también la mayor parte del gozo y contento. Uno y otro estaban pintados en su rostro» (1). Le gustaban mucho los versos, y se hacían muchos en la Visitación. La Madre Favre, la Madre de Brechard y la Madre de Chatel, traían á menudo, y sobre todo en las fiestas, versos y cánticos que la Madre de Chantal gustaba de oír cantar. Cantaba también muchas veces esta incomparable Madre; y para excitar á sus Hijas á una santa alegría, componía á veces versos, ó contaba algún cuentecito gracioso, templando así la austeridad de la vida con un incomparable don de amabilidad y gracia.

Pero por notable que fuese en una misma alma el conjunto de tantas virtudes diferentes, y en la apariencia opuestas, había, no obstante, algo que lo era aún mucho más, y era el modo con que se habían desarrollado sucesiva y perfectamente. En esto no se parecen los santos unos á otros. Los hay, como San Agustín, que no se dan á la virtud sino tarde, y después de haber disipado su juventud en las vanidades y el desorden. Otros hay, como Santa Teresa, que se consagran á Dios muy temprano, pero luego se detienen, se entibian por algún tiempo, si me es permitido hablar así, y después vuelven con más vehemencia á dirigir su vuelo hacia Dios. Otros, por último, consagrados á Dios desde la cuna, disponen desde el principio en su corazón esas misteriosas ascensiones de que se habla en la Escritura, y desde la cuna al sepulcro, su vida es un progreso continuo, sin que jamás se detengan. La santa Madre de Chantal era una de estas almas. Habiendo pasado de

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 431.

una piadosa infancia á una juventud aún más piadosa, y de ésta á una edad madura más admirable, cuando el mundo creía haber llegado ya al término de su perfección, se elevó de repente de la vida común á la vida perfecta, y renovando su alma en el sacrificio, principió una nueva carrera, en la que cada año se notó un nuevo progreso. Cuando llegó á los últimos años de su vida, en los cuales parece que el alma no tiene ya que hacer sino recoger y gozar, siembra todavía, trabaja aún y adelanta siempre. Examinad una á una las virtudes de la vida religiosa y ved su progreso. «Cuanto más avanzaba en edad—dice la Madre de Chaugy—más puntual era en la observancia de las reglas; por nada se hubiera dispensado de una inclinación de cabeza, de una ceremonia, del cuidado en levantar su hábito al bajar una escalera» (1). Y en otra parte: «Puede decirse que la debilidad de su avanzada edad hacía brillar más la santa fortaleza de su espíritu, de su corazón y de su amor; de suerte que, sin mirarse á sí misma, no se arredraba por dificultad ninguna, cualquiera que fuese, si en ella veía la voluntad de Dios» (2). Y además: «Cuanta más edad tenía, más se endulzaba su gobierno» (3). En sus últimos años se advertía en nuestra bienaventurada Madre una dulzura tan extraordinaria, tan completa y tan encantadora, que parecía que esta preciosa cualidad de bondad y dulzura, había absorbido la fortaleza eminente de su carácter y el activo ardor de su celo (4).» Este progreso en las virtudes todas era tan continuo y tan rápido, que cualquiera que dejaba de ver algunos meses á la Santa lo advertía á la primera ojeada. «Es digno de notarse—dice la Madre de Chaugy—que cuando iba de viaje, á

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 425.

(2) *Idem*, pág. 355.

(3) *Idem*, pág. 414.

(4) *Idem*, pág. 247.

su vuelta observábamos en ella un cierto aumento de perfección que no era común, aunque siempre veíamos claramente que esta fiel esposa iba incesantemente de virtud en virtud, y que esta verdadera flor del paraíso crecía constantemente, y tanto más cuanto que siempre se mantenía mirando á su divino sol (1).

A fuerza de mantenerse siempre expuesta á los rayos de este divino sol, participó de su luz y de su calor. Algo del fuego celestial que consumía su corazón subió á su rostro y reveló su transformación. Ya no se habla en las últimas páginas de las *Memorias* sino de aquel rostro siempre recogido, siempre dulce, siempre inflamado, que no se podía contemplar sin emoción; de aquella hermosura divina, que apareciendo en el semblante de la Santa, hacía temer que aquel hermoso astro estaba en su ocaso. Sucedió á la Madre de Chantal lo que hemos indicado ya aconteció á San Francisco de Sales y lo que se lee en casi todas las vidas de los Santos. Una belleza desconocida aparece de repente en su fisonomía en el tiempo que precede á su muerte; sea que su hermosa alma, desasida del cuerpo, á quien ha vencido, venga, por decirlo así, á ser visible en su rostro; sea que más bien la gracia, dueña al fin del alma, y no encontrando ya en ella ningún obstáculo, deje brillar sus resplandores, y principie, aun antes de entrar en el cielo, la glorificación misteriosa del cuerpo.

No se concluiría aquí este capítulo si se quisieran recoger los elogios, las aclamaciones, los panegíricos que la virtud creciente de la santa Madre de Chantal arrancó á sus contemporáneos. No citaremos más que dos, célebres entre todos, teniendo en cuenta la santidad de los escritores, la seguridad de su juicio, la grandeza de sus luces en las cosas divinas y sobre todo el conocimiento que tenían de la Madre de Chantal. Se

(1) *Memorias de la Madre de Chauvy*, pág. 417.

adivinará sin trabajo que queremos hablar de San Francisco de Sales y de San Vicente de Paúl: el primero conoció á la señora de Chantal en su juventud; la vió joven, viuda, en Dijón, rodeada de cuatro hijos casi en la cuna, dueña de una gran fortuna, y desde esta época no se creía digno de conocer á tan santa alma, recogía con respeto las cartas que le dirigía, las anotaba por su mano y se proponía escribir un día su vida. Aunque murió mucho tiempo antes que la Madre de Chantal, y no fué testigo de sus últimos veinte años, los más hermosos y fecundos en maravillas, no concluía cuando la elogiaba. A sus ojos era la mujer más fuerte del Evangelio: una Santa Paula, una Santa Angela y una Santa Catalina de Génova. «Puedo decir con verdad — escribía — que un alma no puede llegar á más alta perfección, según la extensión de las gracias que ha recibido. No he visto nunca tanta pureza de intención, tanta sumisión á la obediencia, desasimiento de todo, conformidad con la voluntad de Dios y fervor en la oración como en esta buena Madre.» Y en otra parte: «No hablo de esta alma tan santa sino con respeto; no se puede juntar mayor talento con más profunda humildad; es sencilla y sincera como un niño; tiene un juicio sólido y elevado; un alma grande; un ánimo para emprender las cosas santas superior á su sexo; en una palabra, nunca leo la descripción que hace Salomón de la mujer perfecta sin pensar en la madre de Chantal.»

Tan grandes elogios, pronunciados por boca tan sincera y tan santa, hubieran bastado, sin duda, para la gloria de la venerable Madre de Chantal; pero Dios, que había dado á la juventud de su sierva un aprecia-  
dor y panegirista digno de ella, no quiso que su vejez estuviese privada de igual honor. En el momento en que, habiendo llegado á la madurez de la edad y de la virtud, pierde la Madre de Chantal á San Francisco de Sales, encuentra á San Vicente de Paúl. El primero

la dirige dieciocho años, el segundo veinte. El uno ve, por decirlo así, la aurora de este hermoso astro, y se llena de admiración; el otro asiste á su ocaso, y no menos encantado hace una pintura que parecería exagerada, si el nombre de San Vicente de Paúl no excluyese toda idea de exageración. Véase este retrato: se le colocará al lado del que hizo San Francisco de Sales, y se admirará á la humilde mujer que ha merecido ser alabada por hombres semejantes.

«Nos, Vicente de Paúl, Superior general y muy indigno de la Congregación de la Misión, certificamos que hace como unos veinte años que nos ha hecho Dios la gracia de ser conocido de la muy digna Madre de Chantal, fundadora de la sagrada Orden de la Visitación de Santa María, por frecuentes comunicaciones de palabra y escrito que ha querido Dios tenga con ella, tanto en el primer viaje que hizo á París hace unos veinte años, como en los demás que ha hecho después, en todos los cuales me ha honrado con la confianza de comunicarme su interior; me ha parecido siempre perfecta en toda clase de virtudes, particularmente en la fe de que está llena, aunque toda su vida había sido tentada de pensamientos contrarios á ella; que tenía una grandísima confianza en Dios y un amor sumo á su divina bondad; que tenía un espíritu justo, prudente, templado y fuerte en grado muy eminente; que la humildad, la mortificación, la obediencia, el celo de la santificación de su santa Orden y de la salvación de las almas del pobre pueblo, existían en su alma en un grado muy superior; en una palabra, no he notado en ella imperfección alguna, sino un ejercicio continuo de toda clase de virtudes; que aunque en la apariencia haya gozado de la paz y tranquilidad de espíritu de que gozan las almas que han llegado á tan alto grado de virtud, ha sufrido, no obstante, penas interiores tan grandes, que me ha dicho y escrito muchas veces que tenía su espíritu tan lleno de

todo género de tentaciones y abominaciones, que su continuo ejercicio era no mirar su interior, no pudiendo tolerar ella misma la vista de su alma, tan llena de horrores, que le parecía imagen del infierno; sin embargo, á pesar de sufrir de este modo, jamás perdió la serenidad de su rostro, ni se descuidó de la fidelidad que Dios pedía de ella en el ejercicio de las virtudes cristianas y religiosas, ni en la solicitud prodigiosa que tenía por su santa Orden; y por todo esto creo que era una de las almas más santas que he conocido en la tierra, y que ahora es feliz en el cielo. No dudo que Dios manifestará un día su santidad »

